

# Micaela Agostini

## La cachetada



menos**cuarto**

© Micaela Agostini  
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2024

ISBN: 978-84-19964-05-2  
Dep. Legal: P-3/2024

Diseño de colección: Echeve  
Ilustración de cubierta: Andrés Agostini  
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)  
Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES  
Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F  
34005 PALENCIA (España)  
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250  
correo@menoscuarto.es  
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Esta ficción está inspirada en hechos reales, sin embargo algunos personajes y sucesos han sido modificados para ajustarse a las necesidades de la obra.*



# Capítulo 1

*Ciudad de México, 26 de julio de 1952*

Desde que había recibido la carta, cinco días atrás, la vida de Libertad Lamarque se había convertido en la antesala de la venganza. Acarició las frías sábanas de seda y tiritó. Posó una mano sobre su pecho y se dio cuenta de que había dormido con el vestido puesto. Con la otra desenredó el chal negro con el que había cubierto sus ojos. La luz del día fue un puñal en sus abúlicas retinas. Llamó a Eufemia, pero nadie contestó.

Al escuchar a su ama, Chesita y Chulita comenzaron a pelearse. Chesita montó guardia sobre el filo del somier y Chulita observó envidiosa el mullido recoveco desde el cual la otra chihuahua la vigilaba sin dejarle acercarse. Aquellas perritas se disputaban el amor de su ama al igual que lo harían dos actrices con la última estatuilla del premio Oscar. El llanto de Chulita y los gritos de Chesita le atravesaron el cerebro de abajo arriba como una estalagmita de dolor. Libertad cerró un ojo y contrajo la mejilla en una mueca de agonía. Adoraba a sus chihuahuas, pero ¡qué ruidosas podían ser! Cuando de pronto, ocurrió lo que no ocurría nunca con ellas: el silencio. Las miró ex-

trañada. Algo les llamaba la atención. Sus abultados ojitos permanecieron clavados en la ventana. Chulita desapareció bajo la cama luego de unos espeluznantes aullidos y Chesita corrió con los penachos erguidos del lomo hasta el límite del colchón. Allí, ladró enfurecida, ladeó la cabeza y como si un peligro acechara la pieza corrió con la cola entre las patas a guarecerse detrás de la espalda de su ama. ¿Qué les pasaba? ¿Acaso a ellas también la carta las había afectado? ¡Imposible! Se rio de su ocurrencia y giró el torso para alzar a Chesita. Pero, hecha una bola de nervios, la chihuahua le clavó un colmillo. Libertad la maldijo y la arrojó al suelo. Chulita y Chesita huyeron de la habitación.

Libertad miró el despertador. Las cuatro y media de la tarde. ¡¿Cómo era posible?! ¡La carta! Desde que la carta había llegado, Libertad le adjudicaba toda la culpa de su errático comportamiento. Volvió a insistir con la mucama para que le trajera un vaso de agua y una pastilla para la jaqueca. Nada. ¿Dónde diablos se había metido? Una ráfaga de viento, demasiado fría para la época del año, entró por la ventana. Libertad agarró el edredón con ambas manos y apoyó la espalda contra el cabecero capitoné de su cama. Se lamentó por la dureza con la que había tratado a sus perras y las llamó para resarcir su error con caricias, pero estas nunca se asomaron. Una segunda ventolera, más fuerte y más fría que la anterior, movió las cortinas. Libertad contuvo la respiración y se quedó tiesa del miedo al ver que ellas tomaban la forma de un rostro. El semblante esculpido en el lienzo permaneció unos segundos, como flotando, a pesar de que el aire ya no soplaba. ¿Era posible que esa

cara fuera la de...? Libertad se llevó las sábanas hasta la nariz y observó aterrorizada sobre la mesa de luz la carta que Eva Perón le había enviado. Una tercera bocanada de aire devolvió a la cortina su caída natural y Libertad aprovechó el momento para salir de allí lo más rápido que pudo.

Recorrió el blanco y desprovisto pasillo que conducía hacia el salón y la cocina con la cara volteada hacia la puerta de su cuarto. Últimamente, tenía tantas pesadillas que le costaba distinguir la realidad del horror. Sobre el sillón de terciopelo blanco, cubierto al igual que el resto de los muebles de la casa por sábanas, Chesita y Chulita habían dejado atrás su rivalidad para abandonarse a los placeres olfativos de sus genitales. Al verla aparecer, las perras saltaron y otra vez el pequeño torbellino de discordia siguió sus pasos como un satélite hasta la cocina.

Se sirvió un vaso de agua. Sintió hambre, pero no se molestó en buscar comida. Desde que la carta había llegado, Eufemia —¡qué haría sin ella!— compraba solamente lo que se iba a consumir en el día. Porque si bien Libertad aún no había decidido qué hacer con el favor que Eva le había pedido, Eufemia sabía —porque conocía mejor que nadie a su señora— que de un momento para el otro podrían tomar un avión hacia Buenos Aires. Desde que la carta había llegado, vivían en el lujoso apartamento de un fantasma. Las paredes sin cuadros, el mobiliario cubierto con sábanas y una maleta siempre hecha al lado de la puerta, nada a medias tintas. Lo único que permanecía con vida en aquella vivienda que se había convertido en una fría sala de espera era el mueble de la radio y un brillante piano de cola

blanco que la diva usaba para afinar su voz. ¡Pero ese dolor de cabeza iba a matarla! Sentía como si alguien le hubiese soltado un puñado de agujas en el cerebro. Abrió el refrigerador para enfriarse la jaqueca, pero el *flash* lumínico del electrodoméstico, al igual que una espoleta retardada, detonó los recuerdos de la noche anterior. Pedro Infante le vaciaba una botella de Dom Pérignon en la boca. María Félix constreñida por esas ridículas serpientes de Cartier. Mariachis. Fuegos artificiales. La reliquia maya que había usado como micrófono para cantar un tango. Aplausos. Los hombros de Negrete y Córdoba, y ella montada sobre ellos. ¡Ahí el porqué de su dolor de cabeza!

¡La Félix! De solo evocar su nombre se le abría un cráter de lava en las entrañas. No soportaba a esa mujer. No soportaba el énfasis que le daban esas dos cejas que parecían las tildes de su nombre mal colocadas sobre su frente. No soportaba su desfachatez. Pero sobre todo no soportaba que desde su regreso de Argentina —país del que Eva Perón había exiliado a Libertad Lamarque—, se la pasara hablando de la primera dama, su nueva amiga. ¡Sí! ¡¿Y cómo no iban a hacerse amigas si eran tal para cual?! Una, se hacía llamar la Doña y la otra, la Señora. Imaginárselas juntas en la residencia presidencial mientras disfrutaban de un té agravó su malestar.

Necesitaba engañar a su cabeza. Distraerla. De lo contrario al dolor se le sumaría la ira y no quería abusar de los calmantes. Encendió la radio. Hablaban de la última película de la Félix. ¿Acaso el éter también complotaba contra ella? Cambió de estación. Se detuvo en la primera que

pasaba música. Se sorprendió al escuchar el tango *Ya estamos iguales* interpretado por Azucena Maizani, la primera cancionista argentina en aparecer vestida como un hombre sobre el escenario. Qué cara había puesto la pobre cuando de vuelta de su gira europea, que había durado dos años, la escena musical argentina borboteaba de nuevos talentos femeninos, entre los cuales, ella. *Es cierto que un día, tu boca, la falsa de mí se reía pero hoy otra risa más cruel y más fría se ríe de ti. Se ríe la vida que cobra a la larga las malas andanzas...* A diferencia de la Maizani, a ella el exilio le había servido —si era que el ostracismo tenía utilidad— para consolidar su carrera internacional y convertirse en «la novia de América». Ese año, dijeron en la radio, el tango originalmente interpretado por Azucena cumplía su decimoquinto aniversario. Sin embargo, había sido ella, la gran Libertad Lamarque, quien lo había convertido en el éxito musical que todos conocían.

Oyó las sirenas de una ambulancia y salió curiosa hacia el balcón. Apretujó contra su cuello las plumas negras del escote de su vestido para mitigar el cambio de temperatura. El ambiente parecía enrarecido, como si la velocidad de las nubes no se condijera con la del viento, ¿iban a contramano? El sol tenía el brillo de la luz después de una tormenta. No obstante, hacía días que no llovía. La forma se deshizo demasiado rápido para estar del todo segura, y prefirió dejarlo así: no insistir, pero hubiera jurado haber visto el mismo rostro que minutos atrás había aparecido en la cortina de su cuarto tallado en uno de los algodonosos cúmulos. Las perritas, desde adentro, gruñeron. Libertad

las ignoró y sacó la cabeza al vacío. Las palmeras que decoraban la entrada del suntuoso edificio *art déco* donde vivía, el Latino Americana, no se movían. Sobre el paseo de la Reforma un automovilista creaba desorden y bullicio con una repentina marcha atrás como si tratara de escarparse de un súbito precipicio, pero el asfalto seguía tan plano como siempre. Cuántas veces, desde ese mismo lugar, se había imaginado con el cabello revuelto por el viento mientras Eufemia conducía el Chevrolet Deluxe convertible hacia el sur. Andarían hasta llegar a la frontera con Guatemala y seguirían: Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, hasta al extremo austral del continente. Nada de militares, basta de exilio. En cada parada sería recibida por sus admiradores y ella tan contenta por volver, tan agradecida por el amor de su público, subiría al capó del automóvil y entonarían, gratis, la maravillosa letra del tango *Volver* compuesto por el gran Gardel y Le Pera.

Sumida en las fantasías del retorno, Libertad entonó en agudos *tengo miedo del encuentro con el pasado que vuelve a enfrentarse con mi vida. Tengo miedo de las noches que pobladas de recuerdos encadenan mi soñar*. Cuando sintió un mareo y una extraña sensación en las piernas. Estas, de repente, se volvieron ligeras. Como si flotaran, pero al mismo tiempo estuvieran sumidas a las leyes de la gravedad. Quiso volver al departamento e intentó dar un paso, pero, como si aún estuviera bajo los efectos del alcohol o en la cubierta de un barco en medio de un mar agitado, cayó al suelo. Chulita y Chesita, adeptas al drama como ella, gritaron y corcovearon del otro lado de la puerta-ventana. Libertad trató de